

Tres por Albertina Carri

Escriba la palabra miedo mil veces en el pizarrón y luego de eso vomite sobre sus propias entrañas, esas que funcionan como engranajes perfectos del predominio de un sistema de pensamientos que florecen a fuerza de vulnerables. Vomite sobre esas entrañas que lo dominan a pesar de todo lo que usted se cuestiona de la existencia. Luego, debe escribir la palabra poder, una sola vez y quedarse doce mil horas mirádola fijo, que la palabra atraviere ese vómito con todo su poder semántico, lejos de todas las lenguas que le enseñaron. Hasta que le estallen los ojos y muten en rayos de un laser no debe moverse de ahí. Después de ese ejercicio, recién después, tal vez usted pueda asimilar –en un sentido venereo y/o carnal, animal, femenino, explotado y amorosamente apocalíptico– en su cuerpo de marioneta, el estado de exorcismo que este TRES (se)(nos)(le)propone.

El esfuerzo de los brazos levantados durante horas escribiendo más allá de nuestra altura, podría ser ese dorado a la hoja que nos baña de una tonalidad cálida, para llevarnos en finas capas al recuerdo –de nuevo–, de los desclasados. El esfuerzo del trabajo, las manos ajadas, las monedas rotas, los huesos rotos, las muertes efi meras, los rituales de la muerte helados hasta desvanecerse, los gatos que aullan en agudo escandaloso y un tunel en degradé de rojos. La fábula duele y asusta, no por fábula sino por moral: todo comienza con una quimera, el dolor de muchos y el consuelo de pocos, 82 mil clavos en una cama de fakir forman un dólar que flota, y que duele, frente a la que sangra merca, la que se columpia mañiatada. Al vómito de lo convencional se llega, y a no sentir pánico, ni locura, ni hasta goce ante la palabra poder, después de estar con ella: la de las ropas rotas, la de los auriculares, la de la teta afuera, la sin límite; la de la mano bella.

Aunque probablemente el ejercicio será al revés porque nadie está dispuesto a tanto en este mundo. Entonces usted, después de atravesar el TRES de Mondongo, después de sentir el gramófono/túnel/pasillo/decorado gigante de dorados, rosas y rojos de retazos en desuso de modas pasadas. Después de sentir a ese espíritu santo pagano, vejado por una cultura que en su fantasma apoyó masacre y destrucción. Después, entonces después, usted sentirá la necesidad de escribir la palabra miedo con dolor en los brazos y mirar la palabra poder con las pupilas inyectadas en sangre. Y tal vez así el bálsamo de lo colectivo que nos propone la sala del medio, –la que fue diseñada junto a su compañero de andanzas Bizzio–, nos devuelva al ánimo una mirada de rayo verde que nos lleve hasta los nidos enramados que hacen de cúpula sobre los nueve anillos del infierno del Dante. Ahí es donde habitamos como marionetas de un dios despiadado, en ese infierno de mesquindad dorada, de pesadillas repitadas; pero hay otras arterias por las que tomar y retomar nos dicen a mano alzada, Mondongo y su aliado. En el espacio intermedio, que es el comienzo de todo relato; en el encuentro, en el incosciente, que nunca es individual ni colectivo.

Lo que Mondongo hace es político, en el peor de los sentidos de lo no figurativo que pueda tener la política. Están dispuestos a todo y no le temen a nada; eso, da miedo, y es lo sagrado que ellos tienen ante un mundo que se mira a si mismo con cortesía y apego. Despojados de todas las lenguas, encontrados en todos los lenguajes, la escultura, la pintura, el dibujo, la música, la performance, el arte, la literatura –en los extravagantes títulos de los dibujos- y la sastrería, construyen una lengua más en el interior de la propia lengua y llenan de reflexiones y pensamientos subversivos a las imágenes oficiales de la comunidad. Porque como dice Jean-Luc Godard, una imagen nunca está sola, existe en relación con las que las preceden o las siguen, existen contra un fondo. Ellos (los Mondongo) lo saben de memoria. Y tal vez usted, tal vez nosotros, podamos empezar a entenderlo, a asirlo en nuestros huesos, después de este desmesurado y necesario TRES.

TRES Mondongo

Sep/oct 2017

Barro Arte Contemporáneo

www.barro.cc

Tres por Cecilia Pavón

Hoy fui a un taller de poesía por primera vez. La profesora nos dio una hoja y nos pidió que escribiéramos todo lo que se nos ocurriera con la palabra “quiero” y yo escribí:

Quiero no tener ninguna edad. Quiero no madurar. Quiero maquillarme con todos los colores del crepúsculo. Quiero drogarme para siempre. Quiero no parar de ir y venir en una hamaca celestial.

¿Qué es una hamaca celestial? –me preguntaron.

–Es una metáfora de la danza –les contesté– Porque cuando bailo, siento que toco el cielo con las manos.

Cuando leí mi poema, mis compañeros me dijeron que era una boludez y me deprimí. Me fui a un rincón a llorar y, de repente, sentí un cansancio terrible y me dormí sobre una silla. Mientras ellos seguían llenando papeles y papeles con palabras, yo soñé con una serpiente. Tenía que matarla, obviamente, qué otra cosa haría uno con una víbora. Pero cuando me acerqué más y la miré de cerca me di cuenta de que era hermosa y lo único que importaba era aceptarla. Que si yo la aceptaba, ella iba a transformarse en otra cosa y ya no me iba a perseguir. Ahora puedo cruzar el bosque sin que me ataque nadie, me dije. Dentro del sueño, mi seguridad interior crecía y crecía. Mi pelo cambiaba de color; se volvía, celeste, se volvía gris, pero eso no tenía nada que ver con la vejez; era más bien el degradé que va adquiriendo el agua en el Río de la Plata a medida que pasan las horas. De mis ojos salían espadas de fuego que destruían a mis compañeros de taller y a toda la humanidad. Porque yo estaba sola, totalmente sola, y creaba una muestra de arte incomprensible. Y era la creadora y la única espectadora de esa exhibición. Y después, de mis *headphones* salía una voz que me decía que tenía que aniquilar el arte en general: el Arte con mayúscula y el arte con minúscula. Iba a mi cuarto y con un tinte para labios escribía: “Todas las obras de arte merecen ser destruidas”. Entonces me daba cuenta de que el dinero también era una obra de arte y tenía que hacerlo desaparecer; sacaba todos los billetes que encontraba en los cajones de mi casa y les prendía fuego. En ese momento pasaba algo genial: Como el dinero ya no existía, nada podía comprarse y yo tenía que aprender todo de los pájaros o de mis amigos. Con mis propias manos, me construía una casa que era como un nido de barro y me cosía un vestido con retazos de frazadas antiguas.

Cuando me desperté, los chicos del grupo de poesía, hacía rato que se habían ido. Seguramente ellos habían escrito un montón de poemas y yo nada. Pero me daba igual, porque ahora yo sabía que en los sueños estaban el infinito y la precisión, y ya no me importaba escribir.